



Del prólogo del camarada Serrano Suárez a la

BIOGRAFÍA APASIONADA *de* JOSÉ ANTONIO

de Felipe Jiménez de Sandoval

(FRAGMENTO)

Profesó siempre un catolicismo profundo, sentido en la más viva entraña de su alma, sin fariseísmos ni beaterías deformadas y ñoñas. Su adhesión a la Iglesia no fué meramente teórica o acomodaticia, ni el destino ultraterreno del alma era para él cosa baladí que pudiera resolverse conforme a los dictados de un esnobismo sacrílego. Su convicción católica fué algo entrañable de su persona o consustancial con ella. La recta y honda españolidad de José Antonio, que repudiaba todo lo que fuera postizo y pegadizo en la línea pura del pensamiento español, le hacía sentir con radical sinceridad nuestra religión, pues a más de ser ésta para él un valor en sí, y el más alto de todos los valores, poseía una significación esencialmente española como alentadora y propulsora de las gestas más gloriosas de nuestra Historia y como perenne informadora del pensamiento hispánico en sus formas más altas y señeras.

En la imposibilidad de dilatar más este prólogo, no quiero terminarlo sin referirme especialmente al documento político más trascendental y perfecto que, a mi juicio, salió de la pluma de José Antonio y en este libro se recoge. Me refiero a la carta que en los tristes días de la República dirigió a los militares españoles. Descendiente y hermano de soldados, sangre militar en sus venas y aliento militar en su alma, José Antonio se dirige en ella al Ejército español en la forma respetuosa y grave que impone el profundo amor a la institución militar. José Antonio, por su nativo clasicismo, cuidó siempre mucho de la forma y supo elegir con tino inigualado la más apropiada en cada caso. Sabía que la forma literaria pura y cuidada es hondamente popular y que el pueblo, con su congénita finura espiritual, repudia las formas de dicción toscas, chabacanas o serviles. En esta carta a los militares españoles usa de un lenguaje directo y crudo, que es la forma más seria de la lealtad y el respeto. Rechaza la lisonja y el halago, que hubiera intentado usar cualquier burlador ocasional, y, para desarrollar su pensamiento en aquel grave trance de la Historia, emplea la palabra cortante, ceñida y ajustada, de magnífico sabor castrense; como tiempo atrás, en la despedida que hiciera a los misioneros de la Falange encargados de propagar y resucitar por España la fe en la eternidad de sus destinos, tuvo el acierto de escoger una forma que parece arrancada de los Hechos de los Apóstoles. Esta maravillosa adaptabilidad estilística de José

Antonio a las ocasiones y a los temas no es todo ni lo más importante, con ser mucho. La forma es espléndido atavío de un pensamiento magnífico, la proyección limpia de su clara mentalidad.

Su vida, tan fugaz e iluminada, su pensamiento, de genial originalidad, orientado hacia las grandes empresas hispánicas—apenas puedo resistir la tentación de los puntos de mi pluma, que quieren señalar la magnífica audacia de tres grandes decisiones que tomaría en el Poder, capaces de colmar la ilusión de tres generaciones—, su valor inteligente, su predicación falangista—interpretación auténtica de la «eterna metafísica» de España—, su muerte a los treinta y tres años, sembrando entre nosotros incertidumbres llenas de febriles esperanzas, le elevaron a la categoría de héroe de romancero, con un nombre lleno de poesía.

Con cabal entendimiento del alto rango de su valor nacional, la juventud española lloró angustiada su pérdida, pero, desde el punto de vista del personal destino de José Antonio, su muerte temprana ofrece los claros indicios de la especial tutela y predilección que Dios dispensa a sus elegidos. Porque él, con su grandeza, sus esperanzas, sus luchas, al volver aquí entre nosotros, en un ambiente demasiado denso de resentimientos y rencores, en un clima frecuentado con lamentable exceso por ráfagas de vesania o tontería, sufriendo la acción constante de gentes atrabiliarias y envidiosas, quizá se hubiera asfixiado. Porque nosotros mismos, con nuestros propios ojos hemos visto—todavía en el centro del drama español—cómo gentes mezquinas, cualesquiera que sean sus prácticas externas y la buena patente que el convencionalismo social les discerniera, sentían la ofensa de la ciclópea grandeza de José Antonio al enfrentarla con su propia banalidad y endeblez, y ni siquiera se detuvieron ante el cuerpo muerto del héroe joven. Por eso, sin duda, al llevarselo Dios en el momento cenital de su grandeza quiso evitar que llegase un día en que, cansado de sufrir y hecha añicos su fe, se viera envuelto por la idea amarga de que desaparecer de la tierra es mejor que perdurar en ella sufriendo el acoso incesante y despiadado de los resentidos, los incapaces y los malvados.

De ahí el vislumbre profético de la dura e ineludible consigna que nos diera: «Ser inasequibles al desaliento.»